

En comunión con el Infierno



por David Arrabal Carrión

Texto promocional de la novela
“En comunión con el Infierno”, disponible
en papel y digital en Amazon

ENCOMUNIÓN CON EL INFIERNO (2016, 2017)

Texto promocional

© David Arrabal Carrión
www.davidarrabalcarrion.com

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

Meritxell

Aún no sabía muy bien lo que había provocado que el coche patrulla acabara estampado contra la entrada del Hotel Arts. No se veía hielo en la calzada, llevaba unas ruedas de contacto nuevas y el 4x4 conectado. Tampoco recordaba ir a una velocidad fuera de lo normal. O tal vez sí. Varias imágenes volvieron a su cabeza junto a un fuerte pinchazo en sus sienes. Se llevó las manos al centro del dolor mientras rememoraba los minutos anteriores al accidente.

—¡Joder tía —gritó Oriol, llevado por los nervios—, hay que salir de una puta vez!

La situación era apremiante, pues el pánico que había inundado las calles de Escaldes y Andorra la Vella se extendía como el fuego siguiendo un rastro de gasolina.

Meritxell entró en el coche patrulla, un recién reparado Nissan Terrano. Se acabó de ajustar la pistola en el cinturón y puso el vehículo en marcha.

—Esto es una maldita locura —gruñó al tiempo que metía la primera marcha—. Desde que el generador de emergencia se ha conectado, mi móvil no tiene cobertura.

—Dale caña al coche —le apremió Oriol, quien comprobó el estado de su teléfono; muerto. Había preferido no conducir para poder llevar entre las manos un fusil de asalto, buscando una seguridad que perdía por los poros de la piel.

—Se ha perdido todo contacto con las fronteras —le informó su compañera, quien conectó las luces de emergencia y reanudó la marcha al tiempo que el portón se abría, permitiéndoles salir a la fría noche que cubría su pequeño país.

—Vamos primero a la petición de ayuda que nos queda más cerca —ordenó Oriol.

Nada más salir, la oscuridad atenazó sus corazones, apretando con saña, ahogando los latidos en sus gargantas. No se apreciaba más que alguna luz intermitente en la Carretera del Obac, quizá de algún vehículo que circulaba zigzagueando, dando giros bruscos y rápidos, y el resplandor lejano de lo que imaginaron un incendio. Tan solo la luna llena les seguía con su mirada, viendo cómo nada más salir del aparcamiento policial un coche descontrolado estuvo a punto de golpearles. Parecía haber perdido el control al pisar un espeso charco que dejaba escapar su masa viscosa por el arcén de la curva que bajaba de la carretera principal. Finalmente se empotró contra otro coche que se había quedado abandonado a medio salir de la calle que hacía esquina con la comisaría.

Meritxell dirigió el coche patrulla hacia el lugar del accidente, pasando de largo, no sin comprobar visualmente el estado del conductor, que se había reventado la cabeza contra el volante.

Llegaron a la Avenida Carlemany, donde el caos que tanto radiaron sus compañeros y las llamadas telefónicas era una realidad. Pese a ser una avenida peatonal, una infinidad de coches estaban cruzados en el asfalto, en lo que parecía haber sido un intento desesperado e inútil por escapar de allí. Los cristales de varios vehículos estaban rotos, manchados de sangre y con restos de rosada carne. Dirección oeste, en la Avenida Meritxell, un camión de reparto ardía furioso entre la masa de metal calcinado que eran otros vehículos. El fuego proyectaba la sombra de varias personas que se acercaban al coche patrulla lentamente, con aire ausente pero con los brazos extendidos. Otro grupo se aproximaba por el este, aunque el paso estaba dificultado por todo aquel caos.

De pronto, en la ventanilla de Oriol, una mano ensangrentada golpeó con fuerza el cristal. El policía dio un respingo y apuntó con el fusil.

—¡Dale caña, cojones! —gritó a su compañera.

Meritxell sintió la adrenalina en la boca y buscó rápidamente un punto débil entre la maraña de coches. Pisó el acelerador, chirriando las ruedas motrices, y envistió un Renault Twingo, esperando que aquel fuese el camino más sencillo.

El Nissan Terrano apartó el pequeño utilitario, pero éste se trabó al chocar con otro coche de mayor tamaño.

La policía conectó el 4x4 y metió la marcha reductora, haciendo que el todoterreno avanzase con un fuerte rugido. La muchedumbre se agolpó sobre la patrulla, propinando golpes por todo el vehículo.

Pudieron ver los rostros desfigurados de sus atacantes, ensangrentados en unos casos y podridos en otros, con los ojos blancos, sin vida, hundidos en sus cuencas oscuras. Uno de aquellos seres se abalanzó sobre el capó, propinando torpes cabezazos en el cristal. A cada impacto, parte del cuero cabelludo se desprendía de su cabeza, hasta que finalmente agrietó el cristal.

El coche continuó su camino, atropellando a aquel desdichado, patinando con la sangre y carne acumulada bajo las ruedas. Oriol manoseaba tembloroso el fusil, listo para disparar pero temeroso de hacerlo. Nunca se hubiese imaginado que eran monstruos lo que tendría que afrontar. Quería encontrar palabras que le ayudaran a vencer el creciente miedo, pero éste ganaba la partida y lo mantenía mudo.

Con un nuevo rugido del motor, y el traqueteo consecuente, consiguieron dejar atrás aquel caos y avanzaron hacia la mole imponente que era Caldea, esquivando más vehículos y a varios de aquellos seres que se giraban en redondo al escuchar el ruido de la máquina.

El balneario se alzaba ante ellos reflejando en sus paredes de cristal los fuegos que se propagaban por doquier. Coches ardiendo, edificios que comenzaban a ser pasto de las llamas, hombres con las ropas prendidas, que avanzaban errantes, ignorando el dolor y la combustión de sus carnes; todo ello bailaba incesante sobre la oscuridad reinante en el interior recinto.

—¿Por qué nadie se comunica por radio? —susurró Meritxell, conduciendo el coche al tiempo que intentaba relajar sus nervios— ¿Es que estamos solos?

Oriol cogió el micrófono de la emisora, aunque sólo se escuchaba estática a través del altavoz.

—Llama a la Central, por Dios —le ordenó su compañera, que había aminorado la velocidad al ver a varios de aquellos engendros saliendo del balneario por el puente que servía de entrada al mismo. Uno de ellos, ataviado tan sólo con un bañador y sin medio costillar, se abalanzó sobre la barandilla y cayó a pocos metros frente a ellos.

—Su puta madre —Oriol apretó el botón del micrófono al ver cómo

aquel ser intentaba ponerse en pie, y llamó con voz temblorosa a cualquiera de las patrullas que se suponían dispersadas por todo el país.

La estática sonó como única respuesta.

Merixell observó por el retrovisor cómo se iba formando un grupo de algo más de una docena de muertos vivientes tras ellos, justo en el último cruce que habían dejado atrás. Delante, saliendo del aparcamiento de Caldea, cinco monstruos se unieron al que había saltado, ya erguido.

—¡Vamos —gritó Oriol—, pásales por encima!

Merixell no valoró otra opción, así que, con decisión, pisó el acelerador.

La colisión contra tres cuerpos a la vez hizo tambalearse el todoterreno, que perdió tracción y por poco no acaban empotrados contra la base de la pasarela del balneario. Merixell controló con solvencia el vehículo y enderezó el rumbo, no sin antes dejarse atrás el retrovisor del copiloto.

Hizo además de girar hacia la derecha, pero en ese momento, sin que ninguno de ellos lo viese llegar, un camión de bomberos les pasó por delante, yendo a estrellarse contra unos coches que ardían a pocos metros del cruce. Dos cuerpos salieron disparados por el parabrisas.

El todoterreno frenó en seco, permaneciendo parado los segundos necesarios para que ambos policías volvieran a respirar.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Oriol, presa del pánico.

Su compañera enfiló la calle girando a la izquierda, en contra dirección, esquivando a varios bañistas que salían del balneario con los brazos hacia delante por la puerta lateral del centro, en un inútil intento por alcanzarles.

—Esto es una puta mierda —repetía una y otra vez la agente, a punto de romper a llorar.

Un fuerte sonido les puso el corazón en la boca. La estática de la radio volvió a sonar.

—¿... ahí? —dijo una voz masculina acompañada de una respiración acelerada.

—Aquí... la patrulla A-17 —contestó Oriol sonriente, con los ojos abiertos de par en par, dejando escapar alguna lágrima furtiva—. Adelante para A-17.

—Esto es un infierno... —dijo aquella voz entremezclada con alguna interferencia—. Sant Julià ha caído... los españ... hijos de pu... dis... a

ma...ar.

—Identifíquese —le pidió Oriol, observando al mismo tiempo a un grupo de cadáveres abalanzándose sobre una pareja que huía de otro montón de muertos andantes.

—...doce —dijo su interlocutor—. Tengo a varios superv... ..migo. Elías ha muerto, pero... salvo... gando a Naturland...

Después de aquellas palabras, volvió la estática, y finalmente el silencio.

—Doce... —dijo Meritxell, relajándose unos segundos antes de girar a la izquierda, volviendo al centro de la ciudad—. Estaba en Encamp. ¿Cómo ha ido a parar de Encamp a Sant Julià?

—Conozco a Elías —se lamentó Oriol, apretando el micrófono con rabia—. Joder, tía... joder.

Ignorando toda señal de tráfico y toda rotonda, pasaron frente a la clínica Mon Veterinari, donde Meritxell había llevado tantas veces a sus dos perritos. Fue entonces cuando sus pequeñas mascotas y su novia, Marianne, irrumpieron en su cabeza, despertando una fuerte sensación de miedo y ansiedad en su pecho. ¿Estarían bien? ¿Habría llegado aquella locura a El Tarter? Por un momento perdió la noción de la realidad, y si no hubiese sido por la oportuna acción de Oriol, se habrían empotrado contra la librería de libros antiguos que daba por terminada la calle. El volantazo los encaró hacia la izquierda, enfilando la avenida Dr. Mitjavila.

Un fuerte golpe sacudió el coche patrulla, asustando a Meritxell, que frenó de golpe, haciendo que el vehículo perdiese la tracción y se precipitase de lado contra una ambulancia cruzada frente al aparcamiento del hospital, que llevaba su nombre, y cuya edificación les quedaba justo enfrente. Ambos se recuperaron enseguida del zarandeo producido por la colisión.

La puerta de Meritxell estaba bloqueada por la furgoneta, y tuvo que centrarse en la calle para controlar sus nervios. Ambos policías estudiaron el exterior, donde no se veía señal alguna de vida; ni de muerte. Tan sólo la oscuridad tenebrosa de la entrada del aparcamiento parecía respirar allí. Más arriba, en el enorme edificio que era el hospital, se distinguían haces de luz de linternas y resplandores anaranjados que, sin duda, serían fuegos.

Un contenedor de basuras ardía volcado en mitad de la calle a pocos

metros de allí.

De pronto, caído del cielo, un cuerpo vestido con bata blanca, se estrelló frente a ellos, salpicando el parabrisas con una lluvia de sangre.

—¿Pero qué cojones...? —Oriol no pudo terminar la pregunta, pues dos fuertes brazos envueltos en llamas rompieron el cristal de su ventanilla y lo agarraron del pecho y del cuello. Meritxell se apartó instintivamente de las llamas, que desprendían un horrible olor a carne quemada. Quiso disparar para liberar a su compañero, pero éste ocupaba toda la ventanilla, dando patadas y gritando de dolor y miedo.

Ella hizo el ademán de salir del coche, pero se volvió a encontrar con la ambulancia contra la que habían chocado. Tiró la pistola en el asiento trasero y agarró a Oriol por el cinturón, intentando devolverlo al interior del coche. Los gritos de su compañero se le metían en la cabeza, haciéndole saltar las lágrimas.

Otro fuerte golpe sacudió el 4x4. Tres atacantes más intentaban romper los cristales traseros, mirándola con los rostros descompuestos de ira y hambre.

Le fallaron las fuerzas y perdió a Oriol, que fue arrastrado por su captor. De detrás de otros coches allí estacionados, y del interior del parking del hospital, salió un nutrido grupo de aquellos muertos, que se abalanzaron sobre el policía, que dio sus últimos estertores a los pocos segundos de verse rodeado.

Meritxell vio cómo todas aquellas abominaciones se daban un festín con su compañero. Eran como buitres sobre la carroña, arrancando carne, huesos y vísceras con las manos y los dientes. Vomitó sobre sus pantalones, buscando al tiempo la pistola que había tirado atrás. Vio el fusil de Oriol a los pies del asiento que ocupara, pero cuando quiso hacerse con ella, algunos de los muertos se pusieron en pie y la miraron.

Aterrada volvió a girar la llave del contacto, deseando que el coche arrancara a la primera; y así lo hizo. Metió primera y aceleró, acompañando aquellos segundos por el chirrido del metal del coche patrulla contra la carrocería de la ambulancia. Apartó de un fuerte golpe a uno de los seres y aceleró desquiciada, presa del pánico, sin poder sacarse de la cabeza la atroz escena que acababa de presenciar.

Fue esquivando, atropellando y apartando a cuanto muerto viviente se cruzaba en su rápido avance, intentando no reparar en las sangrientas es-

cenos que se sucedían a ambos lados de la calle, donde hombres, mujeres y niños suplicaban su ayuda, ya fuese dando lastimeros y desesperados gritos o con miradas fugaces bañadas en amargas lágrimas. Pero fue al llegar al cruce de la Plaza de la Rotonda cuando el macabro espectáculo que se tatuó en sus pupilas, salido directamente de la más retorcida pintura de El Bosco, le provocó un vómito que salpicó en la luna delantera del Terrano. Cientos de cadáveres reanimados se daban un festín con otros tantos vivos, quienes intentaban huir inútilmente por la calle que ella dejaba atrás, lanzándose desesperados al río o subiéndose en la caseta de información turística, que ya tenía el aforo completo. Otros bajaban por la Avenida Meritxell perseguidos por más zombis que se sumaban a los que se encontraban allí, repartidos por el paseo del río y por el puente, donde el gran muñeco de nieve artificial iluminaba la casquería con el fuego que lo consumía con avidez.

Varios coches bloqueaban el paso, pero Meritxell pisó con decisión el acelerador y pasó entre ellos después de sufrir una gran sacudida. El motor del 4x4 comenzó a echar humo, pero aquello no fue suficiente para detener su carrera. Varios muertos se precipitaron sobre el coche patrulla sin lograr alcanzar su objetivo.

El resto de la calle estaba algo más despejada de vehículos, así que aceleró mientras los esquivaba con bastante maestría. Miró durante unos segundos a su izquierda, justo para ver cómo alguien saltaba la barandilla que salvaba a los peatones de caer al río.

—Morir devorado, morir ahogado o morir congelado —reflexionó para sí misma, descubriendo que su mandíbula le temblaba de puro pánico.

En ese mismo instante, en el que su mente luchaba contra funestos pensamientos, creyó ver por el rabillo del ojo a alguien se que lanzaba contra el frontal del todoterreno...

Y allí estaba ahora, tambaleándose fuera del coche patrulla, que parecía haber terminado su servicio para siempre. La radio no funcionaba tampoco, pero aseguró una de las emisoras a su cinturón, junto a dos cargadores de quince balas cada uno. Encendió el aparato y puso el volumen a un nivel audible pero no estruendoso.

Llevaba su pistola en la funda, y sostenía el fusil con ambas manos,

todo y que no estaba muy familiarizada con aquel tipo de armas.

—Cincuenta balas —murmuró para ella misma—, y medio kilómetro hasta Gobierno.

Quinientos metros más o menos, no era buena calculando las distancias, pero las figuras tambaleantes que se acercaban a su posición le hizo comprender que el trayecto se convertiría en un camino mucho más largo.

Tenía la esperanza de que en la sede gubernamental se hubiera montado algún dispositivo de resistencia y mando, un lugar donde encontrarse con más compañeros bien armados y parapetados... un lugar donde sobrevivir y donde encontrar una explicación a toda aquella locura. Se aferró a ese pensamiento como si fuera el último puente colgante que pendía sobre el fuego del averno; demasiado cerca de las llamas.

—Vamos Meri —se animó, sin poder controlar el temblor de su cuerpo mientras el vaho de su respiración era arrastrado por el gélido viento que bajaba de las cumbres, arrastrando pequeños copos de nieve con él—. Con dos ovarios.

Consigue la obra completa en:

<https://www.amazon.es/dp/1976429242>